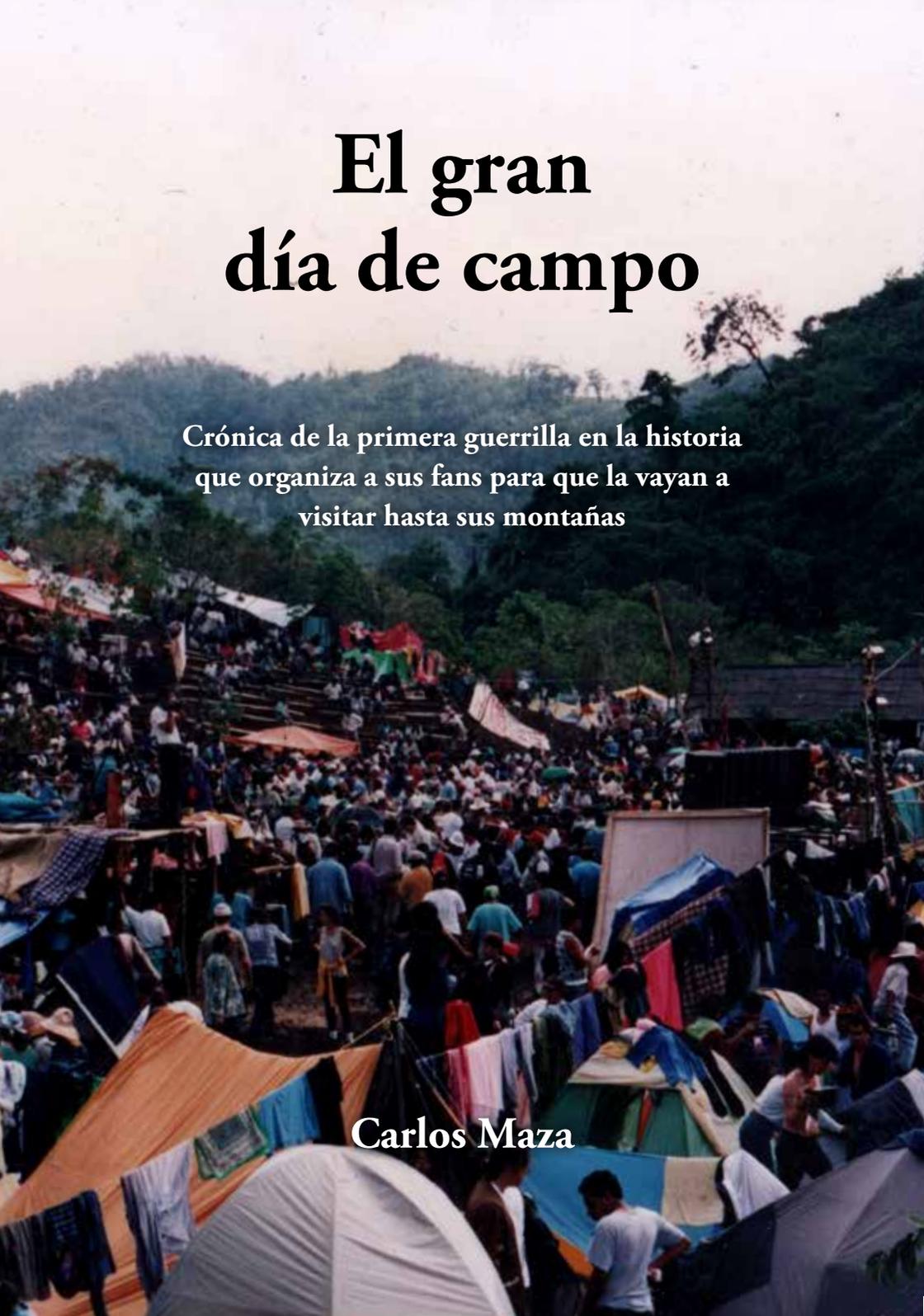


El gran día de campo

Crónica de la primera guerrilla en la historia
que organiza a sus fans para que la vayan a
visitar hasta sus montañas

Carlos Maza



El gran día de campo

**Crónica de la primera guerrilla en la historia
que organiza a sus fans para que la vayan a
visitar hasta sus montañas**

Carlos Maza

Nueva edición ilustrada, vigésimo aniversario

El gran día de campo
Crónica de la primera guerrilla en la
historia que organiza a sus fans para que
la vayan a visitar hasta sus montañas.

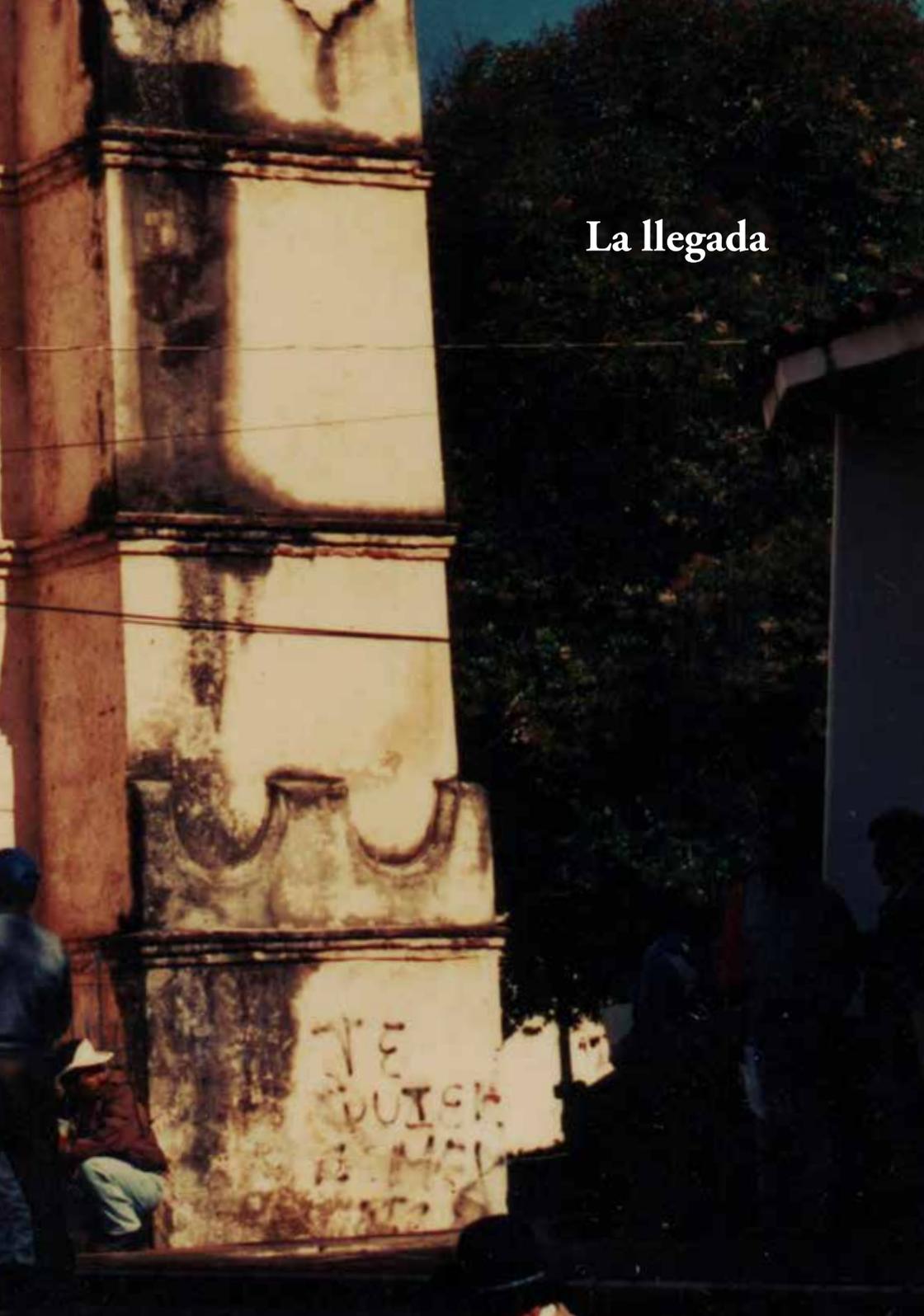
Carlos Maza
Sin derechos, sin registros
Fotografías del autor

Ciudad de México, 1994
Lima, 2004, 2014

Índice

La llegada,	7
Las mesas de trabajo,	13
El éxodo,	25
Los zapatistas,	37
La tormenta,	45
El regreso,	49



A photograph of a tall, weathered stone monument, possibly a clock tower or a commemorative structure, with several tiers and decorative elements. The monument is heavily stained and has graffiti on its lower section. The graffiti includes the word "VE" on the top line, "DUICH" on the second line, and "RE" on the third line. The monument is set in a public square or plaza, with several people visible in the foreground and background. The scene is captured in a vintage, slightly grainy style with a warm, yellowish tint. The background shows dark trees and a building with a white facade.

La llegada

Dos y medio años después de una evasiva despedida, San Cristóbal mantiene la paz, la lentitud de su vida diaria, como si hubiera sido posible que sus habitantes —coletos, cosmopolitas e indígenas— olvidaran que hace apenas ocho meses fueron cimbrados desde el fondo de sus raíces y sus pretextos por un movimiento armado surgido de la noche de la historia. Pero algo sucede después del primer café chiapaneco, tomado con prisa por la agitación de la llegada en una fonda de las afueras de la ciudad: al caminar por la avenida Insurgentes rumbo al centro, los ojos se topan con una proporción de cosmopolitismo que, aunque en San Cristóbal ya no impresiona a nadie, crece mucho más allá de lo que la capacidad de la ciudad podría contener incluso con problemas. Son los convencionistas, desde un día antes de que se inicie el evento civil y político que la fuerza armada levantada contra el supremo gobierno convocó para alcanzar un espacio civil de lucha y una paz que dice no querer a cualquier precio.

El centro de San Cristóbal está lleno de camiones, de turistas extranjeros que no alcanzan a entender completamente lo que pasa, de ojos indígenas, sobrevivientes gracias al comercio de sus artesanías, que se preparan quizá para hacer el agosto más voluminoso de sus vidas; de oscuros ojos indígenas y locales que desconfían de la invasión que les agobia los pasos. Los convencionistas, preocupados sólo por el evento que los congrega, es decir, ciegos ante la ciudad que, sin quererlos, los recibe, van dividiéndose y encontrándose en una búsqueda desesperada de las direcciones que anónimos informantes les dan para lograr su acreditación oficial, su permiso para participar en la fiesta.

Los más, los delegados electos en asambleas improbables a todo lo largo y ancho del país, de este país que se estremece desde el cóccix de su sureste, se encaminan hacia la plaza de toros de San Cristóbal, ubicada en las afueras, que es donde obtendrán

sus gafetes blancos con la indicación de los votos que representan ante ese congreso de la locura. Van y no vuelven; los que lo logran muestran un rostro de desesperación por no haber conseguido todavía su acreditación, insatisfechos con las explicaciones que mal pueden dar los multiplicados miembros de una Comisión Nacional Organizadora sin pies ni cabeza pero, eso sí, harta voluntad.

Los menos, los invitados y observadores, se encaminan hacia una vieja casa en el barrio del Cerrillo, llena de plantas, pero también de papeles, en donde consiguen ser identificados y llamados a volver a las cinco de la tarde de ese viernes 5 de agosto para obtener el ansiado gafete color naranja que puede hablar mas no votar, o la resignada credencial amarilla que tan solo les permitirá ver y callar, pero estar a fin de cuentas, en lo que tantos califican sin pudor como el evento histórico más importante después de 1968 en el país de la resignación vuelta ironía, de la apatía convertida en ritmos y bailes machacones, de la sangre elevada en oraciones.

Y los terceros, los poseedores de los derechos más democráticos, los informadores que hacen largas colas en la oficina del periódico *El Tiempo*, esa hoja de ancho papel y tinta fácilmente borrable que está llegando a ocupar un lugar en la historia a fuerza de ser citado en el encabezado de cada carta que viene desde las montañas del sureste de México; los periodistas que van obteniendo el colorado permiso de ser parte de este suceso sin precedentes.

Las tres de la tarde caen con un aguacero que San Cristóbal no esperaba, luego de haber estado seco —algo inconcebible en el común de sus veranos— durante los últimos días. La tormenta no cesa, amaina a ratos buscando más ríos en el cielo y vuelve a caer tupida y en una cortina que sin embargo no logra amedrentar a los miles de forasteros bien preparados con largos impermeables, nuevecitos en su mayoría, tal y como lo demandaba la lista de útiles que los organizadores pidieron a los convocados para sobrevivir dos días de selva domada. Ellos siguen impresionándose con lo

desconocido y lo inesperado, pero siguen también buscando su derecho a un lugarcito en la historia que desean escribir.

Abrumados por la lluvia o formados en interminables filas, muchos no logran enterarse de la misa que alrededor de las siete se celebra en la Catedral de San Cristóbal. Según le cuentan a este narrador, que tampoco fue testigo gracias al agua y a la espontánea burocracia de la Convención, Samuel Ruiz puede terminar sin contratiempos su ceremonia de bendición a los trabajos que habrán de iniciar al día siguiente, cerrando con un himno en marimba y sembrando en los que tienen la suerte de asistir, un espíritu que raya —o quizá la rebasa— en la camaradería, en la esperanza.

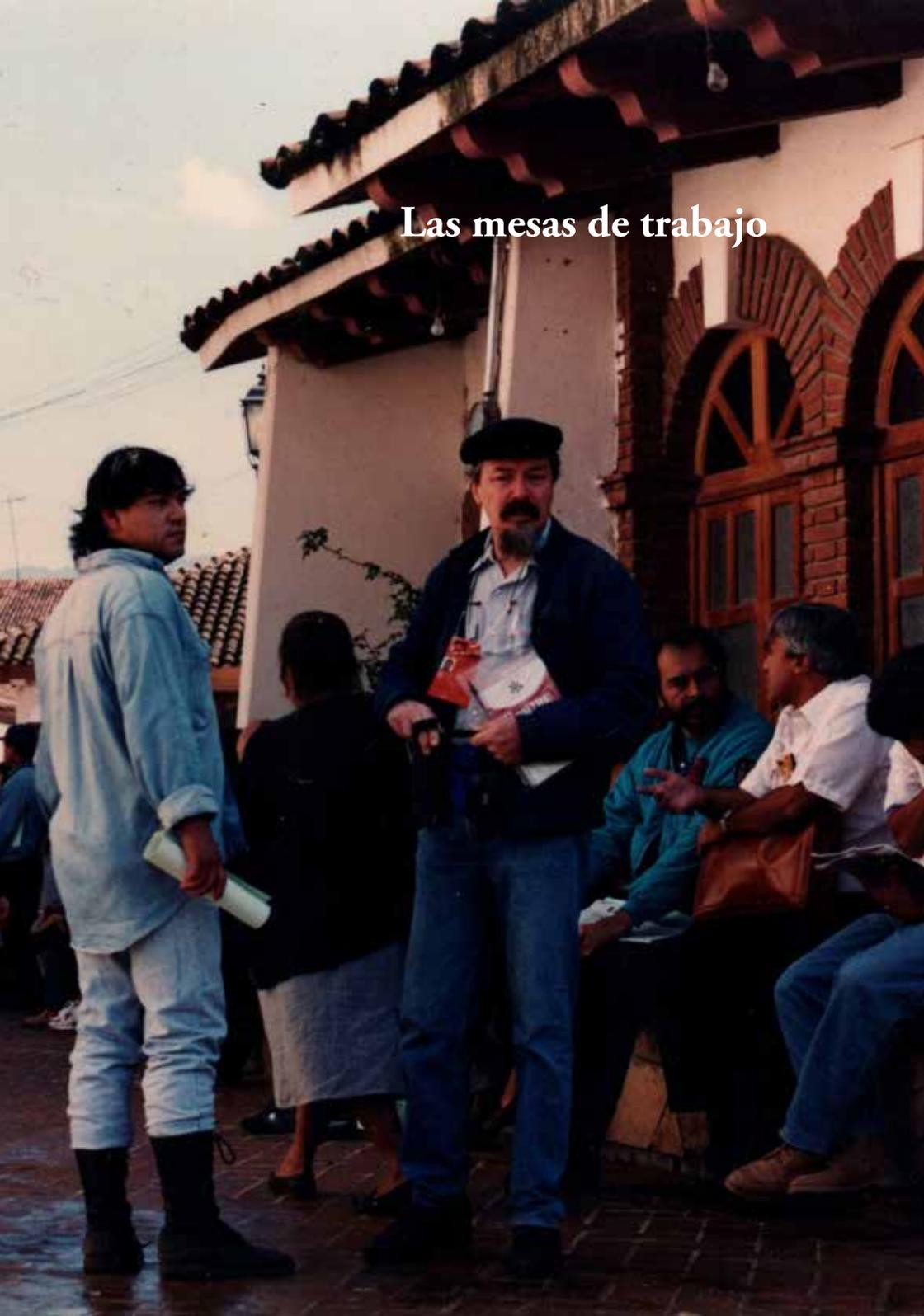
La noche cubre a San Cristóbal dejando errabundos tan solo a los sin casa, a los que asumen que su acreditación será entregada al día siguiente, al entrar a las mesas de trabajo que abrirán sus puertas a las nueve de la mañana para comenzar la discusión de la paz, del cambio, del tránsito a la democracia o de las vías de la revolución armada, de la derrota exigida por la desesperación de siglos o de la intransigencia ultrante de borrón y cuenta nueva.

A avanzadas horas de la noche alteña, tempranas para los muchos noctámbulos que la invaden sin respetar a veces la costumbre del lugar que pisan o más, pisotean, deambulan por las calles mojadas los prestigiosos conocidos, las jesusas y las poniatowskas, los monsis y los superenmascarados de colores junto con los anónimos rostros transparentes de pelos largos y ondulados, de aretes en orejas femeninas y masculinas, los tatuados, los enguarachados que no hace muchas horas calzaban calcetines y tenis; los cientos de enmorralados. Y también, aunque en silencio, casi mimetizados con el lugar, los campesinos que anduvieron largos trechos para llegar a discutir sus propias pobreza; los trabajadores y sindicalistas que cargan en bolsas de plástico sus pertenencias porque no pudieron alcanzar los precios del *backpack* y el *sleeping bag*. Por fin, la noche se cierra tarde, con los últimos organizadores

que en muchos días no han dormido un sueño completo y que se van con la preocupación de cómo hacerle mañana, el sábado, cuando inicien los trabajos de la Convención y ellos tengan que aceptar que por diferentes causas no tienen listo aún el tinglado.



Las mesas de trabajo



Quien esto narra es de los pocos privilegiados venidos de lejos que no sufre por el lugar para dormir. Haber vivido allá hace dos años y medio le dejó la oportunidad de volver sin miedo a carecer de una cama y una regadera caliente; de las palabras de bienvenida de viejos amigos que siempre esperan. Las ocho de la mañana lo encuentran sentado ante una taza humeante del que, tal vez por puro orgullo, sea el mejor café del país, en el Café de San Cristóbal, ese único pequeño local que no se promueve ante el turismo con decorados rústicos y apolillados; que rara vez es visitado por fuereños, ese restaurantito cuyas mesas y sillones de vivnil reciben casi siempre coletos, periodistas, maestros y estudiantes de la Universidad Autónoma de Chiapas, que está tan sólo a media cuadra.

A las nueve, una vuelta por tres de las cinco mesas de trabajo que se encuentran en los alrededores del centro, da la imagen de lo que será la Convención durante todo el tiempo que habrá de durar, en San Cristóbal y en la selva lacandona: una larga fila de delegados sin nada que los acredite como tales, que se reparten folletitos, volantes, pósters traídos de lejos, y que se empiezan a desesperar mientras la cola se alarga y los organizadores no pueden argumentar pretexto alguno que aclare por qué las acreditaciones no han llegado.

Surgen rumores. Que hay infiltrados, como quinientos, y que por eso se detiene el proceso de acreditación. Que hay provocadores por todos lados; anomalías; que se pierden documentos entregados en la ciudad de México. La Comisión Nacional Organizadora, sin embargo, sólo sabe corregir sus errores, salvar sus carencias, mediante una benévola apertura gracias a la cual casi todo el mundo termina por entrar.

Quien escribe, que porta un gafete anaranjado de invitado aunque es sólo observador, ya puede entrar a cualquier mesa. Se encuentra indeciso. No sabe si atender los discursos de los transitorios hacia la improbable democracia, si ir a escuchar los plan-

teamientos abstractos sobre el proyecto de nación que quieren los convocados; si observar las propuestas de quienes quieren concretar la fantásica forma de un gobierno de transición; si alucinar ríspidas discusiones de leguleyos analizando la vapuleada Constitución del 17 o si esperar pronunciamientos sobre estrategias de resistencia e insurgencia civiles en caso de fraude en las elecciones del 21 de agosto. Se decide por esta última opción no sin antes dar una última vuelta por los portales del Zócalo para comprar tres piezas de dulce pan colete que le ayuden a soportar las horas que habrá de pasar sentado escuchando lo que espera, como hipótesis de trabajo observador, que sea una versión más del eterno diálogo de sordos de la izquierda mexicana.

Entra a la mesa 2, instalada en el centro de convenciones de El Carmen, a un lado de esa iglesia con un sólido campanario que, según leyendas escuchadas de otros labios en otros tiempos, posee largos túneles subterráneos que la comunican con la Catedral. A las once de la mañana ya está saludando a viejos amigos no vistos desde la época de un tímido activismo aldeaño a la izquierda y que necesariamente se tenían que dar cita aquí, o a artistas e intelectuales como Alfredo López Austin que discute con Juan Villoro la importancia prometeica del tlacuache en las culturas precolombinas, hoy reducida tan sólo a simple borrachera de curado de piñón, o a Superbarrio y Superecologista que no han dejado de anonadar a los coletes con sus trajes brillantes, sus máscaras más cerradas que las de los neozapatistas y sus voluminosas y antideportivas barrigas cervceras.

Mientras tanto, afuera, la cola de delegados se alarga justo frente a la casa coleta de Javier López Moreno, que no fue a San Cristóbal sino para desearles suerte y bonanza a los convencionalistas en su fiesta y que al bajar de su Suburban, seguido de tres autos de guaruras con antenas y caras ruines, recibe una retahíla de consignas antipriístas y antediluvianas que aparenta no escuchar. “No provoquemos”, dice tímida una voz femenina perdida



en el breve silencio entre una consigna y la siguiente, hasta que al fin los ánimos se refrescan cuando a las doce del día, bajo un sol increíblemente distante de la lluvia de la noche anterior, llegan las acreditaciones de los delegados. Ellos empiezan a entrar y a tomar sus lugares, a sacar sus ponencias de ajetreadas carpetas que sobrevivieron camiones, trenes, aviones, taxis o hasta caminatas kilométricas. Sus ánimos son tranquilos; todos asumen con calma aparente la espera de la que son presos. Se escuchan discusiones por todos lados planteando desde ya sus posturas sobre los temas que los reúnen en este resquicio del territorio nacional.

Repentinamente surge de entre el silencio un rumor: los infiltrados y los problemas de organización van a lograr que la parte final de la Convención, la plenaria en la selva, sea pospuesta, que saldríamos de San Cristóbal hasta el martes o miércoles, que quién sabe cuántas cosas. A la una, cuatro horas después de lo previsto, se instala por fin la mesa de moderadores, relatores y escrutadores para la votación. Quizá 600 o 700 personas se encuentran reunidas ahí. Por las voces que se oyen, parece que la conciencia de los cambios que vive el país no ha sido capaz de alcanzar a los presentes; ni siquiera parecen entender la especificidad de la guerrilla neozapatista, su peso político en una situación de crisis que la Convención debería tratar de capitalizar a su favor. Parece como si los viejos tiburones, dormidos pero hambrientos de tiempo, despertaran de repente encontrando ante sí los restos de un festín en el que no participaron y ahora se avorazan peleando su parte de la presa.

Las hipótesis de este humilde observador se empiezan a comprobar temprano. Lo primero que sucede es que las bases impugnan la designación de los miembros de la mesa; proponen que sea disuelta y vuelta a elegir frente a todos. La mesa logra imponerse explicando que no juegan ningún papel de poder, que sus tareas consisten sólo en agilizar los procesos, en llevarlos con orden —el

mismo que se ausentó a la entrada—, en facilitar la búsqueda de esa paz difícil, escurridiza.

No tarda en surgir lo que podría llamarse el síndrome del borrón y cuenta nueva; la enfermedad de lo radical. Se leen los reglamentos de operación de las mesas de trabajo y la gente demanda que sean votados. Los ánimos se caldean, nacen los descontentos. El siguiente problema es elegir 30 ponencias o participaciones entre los 400 oradores que se han registrado. Todos quieren tener su oportunidad; cada cual considera que sus planteamientos son los más importantes. Al final es la dictadura del azar la que se impone como opción (¡mentira que el azar sea democrático!) Se hace una bolsa —transparente— con papelititos que llevan los nombres de los deseosos de decir su verdad y se elige una mano santa para sacar las treinta primeras. Se decide que una vez terminadas de leer o improvisar, en lapsos de improrrogables cinco minutos, se leerá una relatoría exegética que proponga puntualmente los planteamientos concretos, los cuales serán votados por mayoría “económica”, o sea a ojo de buen cubero y se pasará a otra cosa.

Las ponencias, las intervenciones, giran en torno del derribo del sistema en el poder mediante un movimiento nacional que utilice como táctica a las elecciones; de las formas de obligar a quien resulte electo a adoptar el programa de la Convención que aún ni siquiera se formula; de la necesidad de revertir la política neoliberal y sus daños; de la urgencia de evitar los divisionismos —pueden darse cuenta— que afectan a las organizaciones sociales, a las instancias de la sociedad civil. Destaca la ponencia de un invitado, músico folcloroide politizado de años atrás, que tuvo la suerte de ser el único no delegado a quien el azar designó para hablar entre los treinta elegidos: René Villanueva. Resume lo que tal vez sea para muchos el significado de este esfuerzo: la Convención es la posibilidad real de acceso al poder de quienes convergen con el EZLN y quieren los cam-

bios democrática y pacíficamente; es el lugar del no rotundo a la Constitución parchada y al Tratado de Libre Comercio; es el rechazo del sistema PRI-gobierno y de refilón, del PAN. Y habla también de lo que tal vez muchos prefieran no escuchar: la oportunidad de una convergencia entre el EZLN y el PRD, que sólo juntos se fortalecerán para obtener el triunfo.

En tanto, en la puerta de todas las mesas de trabajo; en el centro de convenciones de El Carmen, en el hotel Maya Quetzal, en el Teatro de la Ciudad Hermanos Domínguez (flamante orgullo patrocinista de los coletos), en el centro recreativo de San Francisco y en el palenque de Gallos (no pudo haber mejor lugar), cientos de reporteros con sus gafetes rojos colgando del cuello, se agolpan frunciendo el ceño, impugnando la antidemocrática organización de la Convención que impide la sagrada labor de los informadores. Muchos de los participantes de la mesa 2 se dan cuenta del grave error de los organizadores y comienzan a gritar que se abran las puertas a la prensa, que no toda es mala, dicen, y no dejarlos entrar les permitirá decir cosas terribles acerca de los más comprometidos con la democracia. La decisión que se toma es que puedan entrar periodistas en grupos de cinco en cinco y por lapsos de diez minutos. Se nombra una comisión encargada de perseguir a los encajosos que no quieran abandonar el recinto cuando se les acabe su veinte, pero por fin se tiene a dios-periódico atestiguando los trabajos.

Y lo que pueden testificar es la imposibilidad de los diferentes grupos para ponerse de acuerdo. Distintas formas de resistencia civil son propuestas; diferentes convocatorias a paros cívicos y no tan cívicos; diversas alternativas de oposición a la victoria del “partido de Estado” —elegantísima pero poco certera forma de llamar lo innombrable en ese contexto—, disidentes posiciones en torno de lo que sí es para todos un hecho ya consumado: el fraude electoral el 21 de agosto.

CON VINCULO TECNICO
PRIMERA SESION
MESA 2





La mesa llama a que por cada posición participen dos oradores, uno a favor y uno en contra y que después se vote. Siguen los desacuerdos. Si votar contra el PRI, si votar contra el PRI y el PAN, si hacer que la Convención se pronuncie por un candidato, no dicen cual (“¡ya digan el nombre, no se hagan güeyes!”), dicen voces anónimas más atrás); si adoptar estrategias clouthieristas y navistas de resistencia civil; si convocar a un paro cívico nacional. La mesa ya no puede contener los ánimos ni los desánimos de los participantes; en la democracia “económica” caben hasta las manos votantes de los invitados y observadores que debían haberse abstenido por no tener la representación más que, con trabajos, de sí mismos; incluso la mano impedida de este redactor se alza cuando se discute sobre el apoyo a la observación electoral que tantos consideran coludida ya con el fraude, con la mentira cibernética, con el engaño histórico e imborrable.

Hasta que la directiva impugnada, después de escucharse vendida, inútil, antidemocrática, encuentra la solución: leer y votar los nueve puntos que el Ejército Zapatista envió para guiar los trabajos de esa mesa. Se discuten. Un orador defiende y otro ataca cada punto. Al votar, después del debate, ya nadie ataca. Se aprueba que en el tránsito hacia la democracia es fundamental la lucha electoral; que es necesario exigir la limpieza del proceso; que hay que llamar a toda la población a sufragar; que hay que demandar del gobierno apego a la ley y respeto a la voluntad popular; que el fraude es la mayor de las amenazas contra la paz; que hay que desactivar el binomio presidencialismo-partido de Estado; que la democracia es mucho más que simplemente elecciones; que la resistencia civil es la legítima defensa de la voluntad popular frente al autoritarismo y que en caso extremo (léase fraude electoral) puede y debe convertirse en insurgencia civil.

Según informaciones de amigos que estuvieron observando —quizá también votando—, en el resto de las mesas de trabajo la

dinámica fue más o menos la misma: prevaleció el diálogo de sordos. Al parecer, lo que los zapatistas buscaban, ese frente civil que los integrara, los envolviera, les diera cara ante la sociedad, estaba regresándoles a ellos, armados y transgresores, la responsabilidad de guiar la acción de los comprometidos con la democracia desde afuera del poder. Se mostraban incapaces de establecer una lucha por vías unificadas; inútiles para dialogar entre sí buscando alternativas que, sin matar una pluralidad de la que casi se podría decir que carecen, los llevara a obtener los mismos objetivos. Diálogo de sordos. Monólogos de la vanidad.

Más que la consciencia de un trabajo hecho, el cansancio los fue llevando a aceptar que las discusiones terminaban como a las once del sábado convencionista en San Cristóbal. Y aunque se había programado originalmente que los trabajos en la ciudad coleta continuarían la mañana del domingo, los organizadores fueron dándose cuenta de la magnitud de lo que habría de ser la preparación de un viaje masivo a la Lacandonia y decidieron que todos tendríamos que reunirnos al día siguiente a las cinco de la mañana para salir hacia allá. Habían cobrado 100 pesos nuevos por la ida y vuelta en alguno de los camiones con que contaban para el traslado; eran casi 200 unidades; la cosa iba a estar ardiente.

Vino la cena, cada quien con sus frustraciones y sus cada cuales; a eso de las doce de la noche la gente se fue aprestando a dormir para levantarse tan temprano. Los organizadores, por supuesto, no durmieron preparando las relatorías que se habrían de leer en la plenaria del lugar llamado Aguascalientes en la selva lacandona.

Este narrador, mientras caminaba hacia la casa de Beto Domínguez para pasar esta última noche en San Cristóbal, se preguntaba y no podía responderse. ¿Por qué los integrantes de este sector de la sociedad mexicana —los lumpens ilustrados (parafraseando el nombre de una revista estudiantil), los habitantes de todos los

espacios subterráneos, civiles e ilegales; los excluidos por la historia o por *motu* propio, los más creativos y progresistas, los posmos, los artistas, los anarquistas, la sensibilidad consciente y comprometida— no son capaces de crear una opción distinta, nueva? ¿De ver y convertir la jornada y el proceso electorales en una fiesta que rompa con la solemnidad sin afectar la seriedad? ¿Por qué no son capaces de descubrir que el autofraude —como la autocensura que aún permea nuestras palabras—, la opción antidemocrática nacen de la visión de las votaciones como un momento pequeñito, reducido a su significación más falazmente individualizada? ¿Por qué, si quieren rayar en la locura, no intentan convertir las elecciones en Carnaval? ¿Por qué no ven que el secreto del voto no tiene por qué no trascender hacia un movimiento generalizado, pacífico pero antisolemne? Acartonados todos, apalancados, qué van a hacer, qué vamos a hacer con nuestros desgastantes esfuerzos...

El éxodo



Este humilde informador no fue capaz de levantarse a las cuatro y media para darse un baño y alcanzar el camión 29 cuyo pasaje había pagado dos días antes. Las seis de la mañana lo despiertan con la angustia de haber perdido la oportunidad de seguir observando el hecho histórico de cerca, de adentro. Ya ni se baña, nomás carga su mochila y sale corriendo rumbo a la plaza de toros de San Cristóbal para ver qué puede hacer. Su camión ya se ha ido, pero, por supuesto, ni de lejos es el único irresponsable entre los casi seis mil involucrados; los hay a montones, así que después de unas vueltas buscando alternativas, se junta con un grupo de invitados y observadores que habían sido llamados por los organizadores a esperar juntos, sin moverse bajo el anuncio de Coca-Cola, a que llegara un camión de los que fueron contratados después, pensando precisamente en esa eventualidad. Una chica del grupo ya ha tomado nota de los nombres y folios de los presentes para organizar mejor la partida. Pero el camión vacío nomás no llega.

De repente se acerca uno de esos Dina-*diesel* de hace como 20 años, de los que recorren la ruta terracera de Ocosingo a las comunidades de la selva, lleno de colgijos, calcomanías y adornitos y casi vacío: lo ocupan seis o siete personas. Junto al conductor va una organizadora portadora de gafete azul —el color de los privilegiados— que quien esto escribe reconoce de inmediato como colaboradora de tiempo atrás en alguna estación de radio del gobierno, de esas que permiten insurrecciones de todo tipo porque nadie, nadie las escucha. Se saludan efusivos. Ella pregunta si ya tenemos, los que estamos bajo el colorado Coca-Cola, medio de transporte hacia la selva. Por supuesto que no. Pues súbanse cabrones. Ya ni la lista hace falta. Antes de bajar, la vieja amiga pide a los recién convertidos en pasajeros que elijan un representante de camión. Como nadie se mueve, este altruista relator toma la iniciativa, saca su libretita de notas y su pluma y comienza a hacer

la nueva relación de pasajeros. No sabe en la que se metió, pero, en fin, el cacharro número CND-057 por su papelito en el parabrisas o el “5” envuelto en un rojo corazón por la pintura en sus costados, avanza detrás de la larga, larguísima comitiva. Sobra espacio, pero no por mucho tiempo.

Cuando los pasajeros ya están felices por tener lugar en un transporte y se van acomodando en sus asientos para la travesía, aún sin salir del perímetro de la ciudad Real, la fila se detiene. Todos se bajan; la parada se prolonga anunciando lo que será constante durante todo el viaje. Quienes se conocen cotorrean, quienes no se conocen se preguntan. Va llegando gente de atrás y de adelante preguntando si sobran lugares, por lo que una hora después, cuando se reinicia la marcha, el “5” ya va lleno y el representante del camión ha tenido que tomar y asignar nuevos nombres a los asientos sobrantes, que de repente no coinciden con la voluntad de sentarse solos de algunos de los pasajeros. “Estos van a acabar impugnándome por no haber sometido mi representación a una votación”, piensa el representante, recordando a los moderadores de la mesa de trabajo del día anterior.

Poco antes de la partida llega una consigna desde el frente para los representantes: los zapatistas no dejarán pasar navajas de campo, cuchillos de cocina —eso suena quizá lógico—, cámaras fotográficas, grabadoras de video y de audio y radios (las botellas de alipús y las drogas, pues ahí cada quién se las haya). El representante tiene que recoger todos esos instrumentos excluidos, registrar su pertenencia y preparar un paquete que será entregado en el retén zapatista. Propone que se haga de una vez, pero, claro, la gente quiere tomar fotos en el camino y se decide que la recolección se efectuará al llegar. Por fin los treinta y tres convencionistas, Roselio el Chofer y César su lugarteniente, parten rumbo al este montados en el “5” que durante la parada recibió una que otra manita de gato, no sea que los vaya a dejar botados a medio camino.

La siguiente parada es en el retén militar de la salida hacia Teopisca. Se sube un soldado al camión, pertrechado porque está en pie de guerra, y con la voz más amable que este escucha le ha oído nunca a un hombre verde olivo, desea no sólo buen viaje (pronostica, con cruel optimismo, una travesía de 4 o 5 horas), sino éxito en los trabajos que nos llevan hasta ese hipotético confín en las fronteras de la última bóveda verde de la nación. Pasmados por ese inesperado desplante de buenaondería del Ejército Mexicano, continuamos la marcha. Tercera parada, libramiento de Comitán de Domínguez, honorable San Francisco chiapaneco por sus empinadas calles que sólo dejan ver de su centro, desde esas afueras en las que se estaciona la eterna caravana, las altas y orgullosas torres de su Catedral. Compramos chicharrones y refrescos en bolsa, atacando una serie de tendejones en los que se agota inmediatamente la mercancía pues sus existencias nunca estarían preparadas para recibir a seis mil turistas en montón. Media hora más y el “5” vuelve a rodar, detrás de un similar que echa una cantidad de humo empecinada en ahogar a los de a bordo. Alejandrina y María de la Luz, fumadoras empedernidas e inseparables que ocupan el primer asiento le piden a Roselio que guarde distancia para no tener que cerrar las ventanillas en defensa de los pulmones de la concurrencia. Ese tipo de reclamos, poco a poco, se irán dirigiendo cada vez más al representante para que sea él el canal de transmisión; se van acostumbrando al altruismo del güey ese que se embarcó solito. Y a él, para no ser impugnado, no le queda más remedio que acatar las decisiones de su base, sí señor.

Hace un calor digno de un *six-pack* por garganta, pero estamos en la Convención; el reglamento lo prohíbe. Nos contentamos con agua tibia entubada en plástico, refrescos y juguitos en lata. Entramos a Las Margaritas, la puerta de la selva. Su población está en las calles por las que pasa la caravana, saludando eufórica ese evento que se obvia esperadísimo en el lugar; gritando vivas al

EZLN, a Cárdenas, a Marcos, a los estados de la República que manifiestan su presencia con mantas colgadas de los camiones; a todo lo vivable en el contexto del lado izquierdo de la política nacional. Pero sus caras, los listones blancos en las manos que se semicieran haciendo la V, claman, rezan, piden, exigen la paz. Esas manifestaciones se convierten casi en lágrimas en los ojos de este observador que nunca había sido objeto de una bienvenida tan colectiva y fervorosa, tan transparente, tan sincera.

Al salir de Las Margaritas, la cuarta parada es en la entrada de la selva, donde empieza el camino de terracería. El “5” queda posado en la cima de una loma desde la que se ve hacia atrás el enorme llano de Comitán y hacia adelante el océano verde que pronto se tragará, uno por uno, a los vehículos que integran el éxodo convencionista. Dos camiones más adelante se apea un anciano flaco y con sombrero, vistiendo un viejo traje de casimir. Es un zapatista, no un neo, un Zapatista de-a-de-veras que, a diferencia de todos los que vamos en esa ruta, no habla de la democracia, la libertad y la justicia, sino del camión, del camino y del calor. Y el calor, debajo de ese cielo profundo, surcado apenas por unas nubes mustias, no tarda en adormecer a los de a bordo cuando se reemprende la marcha hacia las montañas que, sí, son azules en el horizonte.

A partir de la entrada en la sierra, alcanzando las primeras zonas de curvas terribles en el camino, las paradas se hacen tan constantes y largas, que quien de esto se acuerda ya no se acuerda de cuántas fueron. En muchas de ellas se quedó dormitando en el “5”, en otras se bajó a estirar las piernas, como tantos otros, haciendo partecitas del camino a pie para que el camión lo alcanzara al avanzar. Durante esas largas esperas, todos confiamos en que pronto los camiones de la vanguardia —camiones modernos de carretera, incapaces de entender la artesanía del camino rural— puedan virar con pocas maniobras en las pendientes y las curvas





cerradísimas. Mientras tanto, se van generando conversaciones entre unos y otros pasajeros.

En una de las paradas, un hombre llegando a viejo, Alejandro, que va sentado en la segunda fila, saca todo el pic-nic y nos invita a muchos un sandwich de jamón y queso frescos, con aguacate y jitomate de verdad, con chiles del mercado y no de lata, que es lo que vamos cargando la mayoría. Varios nos quedamos charlando con él, que no se arredra para anunciar a los cuatro vientos que es el último marxista-leninista dogmático en acción todavía; que sus cátedras en la Universidad de Michoacán siguen siendo de idioma ruso, de economía política y de *El capital* y *El Estado y la revolución*. Después saca de la gran mochila que le prestó la franco-sueca que se ligó en San Cristóbal y a quien no pudo colar a la Convención, un grueso engargolado con la historia del EZLN desde el 1º de enero hasta el Cordón de la Paz —documentadísima, llena de albures y sentido del humor, escrita en olivetti mecánica—, en la que critica las estrategias militares de los zapatistas a la luz de su experiencia como alumno del adiestramiento guerrillero en Corea y Cuba y como combatiente en guerrillas mexicanas que no quiere mencionar. Dice que se lo lleva a Marcos para que le escriba un prólogo porque ya hasta tiene editor. Y además, como corolario, Alejandro el guerrillero se convierte en la farmacia del “5”, dándole melox a los que no aguantaron sus sandwiches, aspirinas a los que les duele la cabeza y dramamine a los que, como Josefina, la señora que va sola, la ama de casa que nunca dice cómo consiguió su invitación, están a punto de guacarear en cada curva.

En algunos tramos del camino, mientras empieza a caer la noche sobre la caravana que cruza un extraño bosque de pinos y encinos que, sin embargo, se muere de calor, de calor tropical, una mujer y un hombre de los que ya venían en el “5” antes de que lo invadiéramos los demás, entonan sonos y huapangos con dos bellísimas voces. Se trata de los famosos Leones de la Sierra de

Xichú, de Guanajuato, que no pueden, no saben pasar el tiempo sin cantar; mucho menos ese tiempo perdido sobre la ruta. Todos los habitantes del camión los aplaudimos con más fuerza cada vez, aunque no todos los miembros del grupo participan en la interpretación, sólo Guillermo Guevara y Chabelita, acompañándose con la jarana del primero y con sus voces suaves, lánguidas, armónicas y tenues como la noche que nos alcanza.

Después de innumerables paradas, conversaciones, sueños y modorras, después de otro amable retén militar que es la frontera de la zona franca, la caravana se detiene por un tiempo que ya empieza a parecer demasiado largo. La noche se ha cerrado sobre el bosque y las montañas, y empiezan a llegar mensajes desde el lejano frente de la comitiva. La consigna es que sean transmitidos a los representantes de cada camión y así hasta llegar al final y que cada uno de ellos los comunique a sus representados.

Estamos en la zona franca, la de nadie; una franja de cincuenta kilómetros que comparten ganaderos y finqueros, campesinos sometidos y liberados, militares y guerrilleros, sin que nadie pueda reclamar supremacías. Como el frente de la comitiva se acerca al primer retén zapatista, la marcha se hará cada vez más lenta. Por tanto, que hay que permanecer en absoluto silencio, que hay que mantener las luces y linternas apagadas y bajar lo menos posible del camión —al fin que casi no hace calor—, que hay, incluso, que evitar encender cigarrillos porque en ese terreno salvaje y sin ley, pueden estar apostadas las guardias blancas de los ganaderos y que en un acto de absurda provocación serían capaces de tomar como blanco hasta la brasa de un cigarrito y disparar contra ella. Ciertos o no, estos llamados siembran la desconfianza, si no el miedo entre la gente. El representante se ve obligado, en contra de sí mismo, a pedirle a los Leones que dejen de cantar, a solicitar de Roselio que no encienda las luces internas del “5”, a sentarse en el suelo del camión, alumbrado apenas con una linternita a nivel de

suelo, para poder hacer la relación de los objetos recogidos, ahora sí, al pasaje y meterlos en una gran bolsa de plástico que alguien afortunadamente puede proporcionar. Se juntan como quince navajas de campo; tres cuchillos de cocina, uno de ellos, cebollerísimo, de Alejandro el guerrillero; doce cámaras de foto fija, dos de video, seis grabadoras y una radio de onda corta.

Terminada esta tarea, la mayoría de los pasajeros se duermen en sus asientos. Cuando despiertan, ya estamos de nuevo en movimiento. La luz del día comienza a repartirse entre los árboles y la niebla que se levanta lentamente, va descubriendo por fin la exuberante vegetación selvática. Estamos, según los cálculos de Roselio, a veinte kilómetros de Guadalupe Tepeyac. Las curvas son ahora más pronunciadas, al igual que las pendientes del camino que serpentea entre los cerros. El revestimiento de la terracería, que al salir de Las Margaritas y a lo largo de la mayor parte del camino fue bueno, con bastante grava, ahora es lodoso, pura tierra, llena de charcos. Los comentarios de los pasajeros giran alrededor del camión que se volteó y que pasamos hace algunas horas. Los que no podían dormir y lo vieron cuentan a los semidescansados que no hubo heridos, pero que la unidad se tuvo que quedar ahí, después de repartir a sus ocupantes entre los camiones que lo precedían y lo seguían.

Al fin, más de veinticuatro horas después de haber salido de San Cristóbal, el "5" llega al primer retén zapatista, a la entrada de Guadalupe Tepeyac. Aparecen los primeros encapuchados solicitando al pasaje que baje del camión para que ellos puedan revisarlo minuciosamente. En el camión que va delante del "5" encuentran una botella de licor. Sin muestras de desaprobación, sin dejar la actitud de dureza casi indiferente, un chico cuyos ojos detrás del paliacate traicionan la pubertad apenas rebasada, la destapa y vacía su contenido a un lado del camino, dejando el frasco hueco en el mismo lugar donde lo encontró. Justo antes de terminar la

revisión nos informan que sólo habrá que entregarles las navajas y cuchillos; las cámaras y grabadoras pueden ser devueltas a sus dueños, pero con la conminación expresa de no utilizarlas, pues de hacerlo, serán definitivamente confiscadas. El representante, con mucha prisa, extrae de la bolsa todos aquellos instrumentos y los deja en uno de los asientos para que cada quien recoja el suyo. La bolsa con las navajas es tomada por uno de los zapatistas que se da cuenta de que no lleva identificación del camión al que pertenece y pide que se le ponga.

Después, el representante tiene que hacer una lista más de los pasajeros en la que se registren sus nombres, folios de convencionistas, organizaciones a las que representan y número de votos con que cuentan. Con ayuda de Trudy, una suiza habitante de San Cristóbal que se coló como observadora, termina la lista y la entrega a los organizadores que en el retén van tomando nota de todos los que entran. Todos regresamos al “5”, que cruza el poblado de Guadalupe, pasando frente al ostentoso edificio del Seguro Social en el que estuvo preso Absalón y que destaca absurdo entre las chozas de madera y lámina de zinc, hasta llegar a la entrada del lugar llamado Aguascalientes. Ahí se detiene. El pasaje se despide de César y Roselio, confiando que puedan regresarse en el mismo camión, carga sus mochilas, maletas y bolsas y se interna en los patéticos carriles separados con palos y alambre de púas que organizan la entrada de los convencionistas.

Es un trecho de más de quinientos metros que obliga a los convencionistas a marchar en ocho filas indias. Algunos, vencidos por el peso de las mochilas llenas de latas y quién sabe cuántas cosas inútiles, se van rasgando la ropa y la carga al chocar con los alambres de púas. A cuarenta metros del final de este pasadizo se forma un embotellamiento provocado por el embudo del cateo personal. Los ocho carriles se cierran hacia una puerta por la que cabe una sola persona. Ahí, una brigada de jovencitos con los ros-

tros cubiertos con paliacates, con el rifle calibre 22 o el lanzagranadas terciado, van recogiendo mochila por mochila para abrirla y registrar absolutamente todo su contenido. Cuando dan con algo extraño interrogan al dueño. A este narrador le sucede: lleva una cámara que un día se encontró tirada en la Zona Rosa y que no tiene exposímetro, por lo que ha conseguido uno manual que va atado a la correa. Al zapatista le resulta sospechoso el instrumento. No interroga, pero ve la cara del dueño y posiblemente decide que es un elemento inofensivo, no el instrumento sino su portador. Cierra la mochila y permite el paso por la puertita.

Los zapatistas



Existen, los guerrilleros, los soldados insurgentes. Ahí están, con sus ojos oscuros asomando como solitarios mensajes del rostro anónimo al que pertenecen detrás de los pasamontañas y los paliacates. El contraste entre estos soldados y los del Ejército Mexicano es inaudito. Frente a la amabilidad campechana y resignada, cierta o falsa, de los pertrechadísimos integrantes de los primeros retenes oficiales, estos soldados de la pobreza muestran una decisión, un aplomo impresionantes, rayanos en la intransigencia. Como ejemplo, valga el hecho de que uno de los cateadores del retén personalizado, jovencito, deja un momento sus tareas porque tiene ganas de mear, y sin moverse de donde está, solicitando con una mueca indistinta al siguiente convencionista en turno que espere, descarga su vejiga sin pudor y sin desviar siquiera la mirada del espectáculo de los que vienen entrando, sin importarle en absoluto lo que sucede. Termina y vuelve a su trabajo como si nada.

Al pasar, los convencionistas se empeñan en establecer relaciones amistosas con estos fantasmas de la libertad. Dan los buenos días, esperando respuestas como las de los pobladores de Las Margaritas y lo único que reciben es una mueca detrás del pasamontañas que no denota ni bienvenida ni gusto ni descontento, tan solo el hecho de que sí, que se encuentran. Las caras están todo el tiempo levantadas, los ojos alerta. Aunque no hay forma de percibir sonrisas, se siente que sus labios no se mueven, ni para arriba ni para abajo. Este redactor decide no andar saludando a todos los que le salen al paso porque no habría de terminar nunca y nadie está consiguiendo nada con ello. Camina treinta metros más, limitados ahora sólo por un carril de alambre de púas y da con el ya afamado anfiteatro de Aguascalientes. Aunque sigue llegando cantidad de gente detrás suyo, el lugar ya está atestado.

En el centro se alza la loma que los zapatistas pelaron para fabricar las rústicas gradas de palo y que cubrieron con la lona más grande que se haya visto: es impresionante, sobre todo por

los colores de lo que la rodea; el verde profundo, escandaloso de la vegetación lacandona y el azul infinito de limpieza del cielo, manchado aquí y allá por nubes casi fosforescentes de tan blancas. En las faldas de esa loma se alzan las diversas instalaciones destinadas a facilitar dos días de vida de una comunidad de seis mil personas en la selva. De amarillo y azul, el Centro de Salud. Más arriba, el toldo de palma que cubre diez grandes fogones colectivos, eternamente humeantes para que todos puedan calentarse el café, freír los huevos y tostar las tortillas a la hora que quieran. En los extremos, alrededor de la zona permitida, porque más allá no se puede ir, las seis galerías amplias que ostentan el título de Posadas. En el centro, al pie de la loma, el presidium que, efectivamente, parece el puente de mando de una gran balsa, como surgida de una novela de naufragos de Julio Verne, coronada por dos enormes banderas tricolores encontradas: la vela que mueve a este buque pintoresco. Sobre otra lomita, las “oficinas” de prensa, y como una casita de cuento, a la mitad del gran claro en la selva, la Biblioteca para los zapatistas, que no tardará en convertirse en refugio para personalidades importantes.

Más allá, cruzando un riachuelo que anuncia con un papelito que está contaminado, que no se vaya usted a lavar ni las manos en él —lo cual seguramente busca más proteger el agua que a los sedientos—, las letrinas; de un lado las de hombres y del otro las de mujeres; muy organizadas y bastante limpias. En algunos puntos se alzan grandes tinacos de agua potable, exclusiva para calmar la sed colectiva de las seis mil gargantas que se mueren de calor, que tendrán largas colas todo el tiempo. Sus llaves son controladas por zapatistas sin armas, rigurosamente celosos del ahorro del preciado líquido.

Mientras su servidor recorre aquel campamento masivo con cara de no creer lo que ve, el resto de la gente levanta casas de campaña por todos lados o apaña los últimos lugares que quedan





libres en las “posadas”, pues la gente comenzó a llegar desde las doce de la noche anterior. Finalmente se afana y encuentra un huequito inutilizado en la última posada, en el que coloca triunfante su mochila y extiende su *sleeping-bag* para que no lo vayan a dejar parado en la noche. Ya despojado de su carga y, por un tiempo de la responsabilidad de cuidar a los que venían con él en el camión, vuelve a salir para buscar amigos con quienes pasar ese tiempo. Bajo la hiperlona encuentra a Germán, viejo amigo y admirado maestro de cuando este redactor era universitario, y a María Laura, su compañera. Ellos le dicen que prefirieron instalarse bajo la lona que en las apretadas posadas; de hecho tuvieron la suerte de llegar la noche anterior y ahí mismo durmieron, casi cómodamente, sin tener que escuchar innumerables ronquidos ajenos. Lo invitan a quedarse también, pero el susodicho lo deja para después.

Cuando la tarde comienza a ceder su espacio a la penumbra, el sistema de sonido, que no ha dejado de gritar instrucciones, recomendaciones y saludos nacionales y extranjeros a la Convención, anuncia que están por comenzar los trabajos, que todos los convencionistas tomen sus lugares en el anfiteatro. Se informa que está programado un desfile militar de los combatientes, otro de las bases de apoyo del Ejército Zapatista, palabras del Comandante Tacho y un discurso del Subcomandante Marcos. Después se abrirá la plenaria.

Marcos introduce. Tacho da la bienvenida y entrega Aguascalientes a la Convención, demandando que sea un esfuerzo de unidad. Presenta también a los miembros del presidium —la Presidencia Colectiva—, algunos de cuyos nombres, como Poniatowska, Stavenhagen y Bartra, para él perfectamente extranjeros, se atorán en la tseltal lengua materna. Después presenta el desfile de las bases de apoyo, el de los campesinos alzados, con palos en las manos; el de los protectores de la clandestinidad, por toda una década, de la organización de esos hombres armados. Desfilan mu-

jeros, viejos, niños, con seriedad de soldados; con la seguridad de quien sabe qué quiere, por qué y cómo. Desfila, ante los ojos azorados de seis mil convencionalistas, la decisión de no ser marginados nunca más; la certeza de que hay espacio para todos en la historia.

Marcos anuncia el desfile de los combatientes. Señala que sus fusiles llevan en la punta un listón blanco que simboliza la aspiración a la inutilidad de esas armas. El ruido de insectos y aves de la selva es tan persistente que se vuelve pleno silencio que todo lo cubre cuando el desfile comienza al mismo tiempo que la noche se cierra. La perfecta disciplina de ese ejército regular —no guerrilla, aclarará Marcos en la conferencia de prensa del día siguiente—, avanza con un paso lento bajo las órdenes de Tacho. Sus pasos, exactos, precisos, llevan el ritmo de un corazón que late poderoso, firme, pero cansado. Late durante un largo tiempo en que todos los espectadores quedan, quedamos pasmados ante ese despliegue del esfuerzo. La solemnidad rebasa con mucho cualquier otro desfile militar que se haya llevado a cabo en este país, desmintiendo retóricas eternas.

El clima generado por los desfiles deja a los convencionalistas convertidos en simple público; listos para recibir las palabras de quien todos esperan algo fuera de lo común. Y Marcos lo logra. Este informador se ve en la necesidad de remitir a sus lectores a *La Jornada* del miércoles 10 de agosto de 1994, pues debe aceptar que fue profundamente tocado por lo que escuchó de boca del Subcomandante, de modo que no se atrevería a sintetizarlo, sino a pedir a quienes recorren con sus ojos estas líneas que lo lean completo a la luz de esta descripción que redacta y que pretende ilustrativa: no imparcial, no exhaustiva, sólo ilustrativa de una experiencia personal.

Quién sabe cuántas lágrimas rodaron desde los ojos de los presentes. Quién sabe cuántos de ellos encontraron en ese momento una certeza acerca del incierto futuro que desde que co-

menzó este año nos angustia a todos. Este talachero de los teclados no pudo ni quiso reprimir dos lagrimones que se soltaron en algún momento de esa circunstancia tan anormal, tan fuera de las experiencias tenidas hasta entonces. Sólo constata después que para muchos fue algo casi religioso, místico; así de fuertes sonaron las palabras que hoy podemos descubrir sobre el papel del periódico citado, encontrándoles intersticios, intertextos, política como cualquier otra, intenciones ocultas y veladas, manipulaciones, y hasta clichés pseudoliterarios. Pero en aquel instante, bajo el cielo oscuro que se nubla sin que nadie lo note, frente a la selva que vibra con el poder de su vida palpitante, al lado de seis mil otros que también escuchan, también se hermanan, ante otros mil o mil quinientos con el rostro escondido y portando palos y armas que aspiran a ser inútiles, sobre la tierra que no discrimina a nadie para brindarle siquiera un espacio en qué caerse muerto, en aquel instante el tiempo se detiene con una certeza: volver a luchar, volver a ir por lo nuestro. Y la palabra *nuestro* adquiere un valor que había perdido atomizándose en proporciones cada vez más pequeñas, que a veces ya no alcanzaban ni siquiera para reunir a dos que se quieren.

Una brisa que carga un fresco rocío rompe ligeramente ese clima humano, descubriendo que la lona no es impermeable, que afuera llueve y se le cuele el agua. De repente arreceia y Germán tiene que sacar de su mochila un gran plástico bajo el cual nos metemos varios. Luego se vuelve a calmar. La presidenta de la Convención, Rosario Ibarra, anuncia que ahora proseguirán los trabajos de votación de resolutivos del evento. Sin embargo, después de la corta calma chicha que siguió a la lluvia amenazante, los dioses del agua deciden suspender toda actividad que no sea la de correr a buscar resguardo.

La tormenta



Un ventarrón inesperado de fuerza impresionante arranca de un soplo varios tramos de la lona que caen sobre los que estamos abajo, permitiendo el paso de la lluvia en toda su intensidad. No son gotas que caen en multitud, es un mar destinado a llenar de un golpe el recipiente de ese claro en la selva llamado Aguascalientes. Todo el mundo corre entre gritos que inútilmente piden calma; se atropellan, resbalan, se pisan. Olvidan sus pertenencias, las bolsas de basura que han ido recogiendo; olvidan a sus amigos. Cada quien busca su refugio por sí solo. Las posadas se llenan a su máxima capacidad, se hacinan. La Biblioteca, Prensa y el Centro de Salud se convierten casi inmediatamente en refugios de damnificados de la tormenta. Debajo del presidium se aprietan muchos que no encontraron otro remedio. Cantidad de tiendas de campaña se vienen abajo, obligando a sus ocupantes a engrosar las filas de desprotegidos. Los zapattistas desaparecen misteriosamente, para no volver a hacer acto de presencia hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Quienes alcanzaron el refugio de su posada, su tienda de campaña aún en pie o algún otro se enrollan en sus mantas y sus bolsas para tratar de hacer caso omiso de la tormenta fragorosa y violenta. Cuelgan por ahí sus prendas mojadas y se visten con algo seco y caliente, disponiéndose a dormir olvidando. Mientras tanto, los ocupantes de lugares públicos, digámoslo así, como la Biblioteca, se afanan preparando espacios para los empapados que no tienen otro remedio que refugiarse ahí. Pasan la noche en vela, bajo la fuerza del agua, ayudándose unos a otros, dándose ropa seca para no pescar un catarro, sonriendo de desesperación por el frío y el miedo a lo desconocido. Los que han estado antes en la selva no se sorprenden, saben que así llueve allá, que esto es algo que cabía esperar, lo que no cabía era suponer que el imperio de la naturaleza estaría ausente de Aguascalientes.

La tormenta no se detiene en un tiempo que se alarga para los que esperan sin tener un buen lugar para dormir. El viento

hace ondear por los aires lo que queda de la lona, iluminándola con feroces rayos que dejan ver el espectáculo de lo que parece ser la gran balsa que naufraga. Al fin, de madrugada, la lluvia cede, disminuye su intensidad y permite que se preparen los primeros cafés y que circulen de punto en punto las cajas de galletas, algunas humedecidas porque no pudieron salvarse por completo de ese aguacero tan total.

El amanecer despierta a los que consiguieron dormir y permite que descansen los que no lo hicieron. Después del primer café, muchos anónimos se ponen a trabajar para tratar de limpiar el escenario. Brigadas de veinte o treinta personas, formadas espontáneamente, recogen los tramos de lona para enrollarlos y moverlos de lugar. Otros levantan la basura que quedó por todos lados, acopiándola en tambos que afortunadamente habían dispuesto los desaparecidos zapatistas.

Un poco más tarde las nubes van abriendo para dejar que el sol intente secar todo lo mojado, que es mucho. El campamento entero se convierte en un masivo tendadero: da la impresión de una zona de desastre, pero festiva, porque nada pasó más allá de la ensopeada. De alguna manera, tal vez como resultado aún patente de las palabras de Marcos y los pasos como corazón batiente del ejército la noche anterior, se respira un clima humano amistoso, una situación que logra por la pura lluvia lo que años de activismo, discusión y lucha no pudieron conseguir. Todos, o casi, los hasta entonces desconocidos cooperan unos con otros, se dan miradas, manos, sonrisas: el llamado a la unidad de Tacho cobra en estas circunstancias su expresión más concreta; quizá no lo logre cuando se trate de coordinar la actividad política de los convencionistas, pero ayudado por el paso limpiador de la tormenta, los obliga, como hombres y mujeres, a ser uno enorme por un día, por un momento.

Terminados los esfuerzos de reorganización del marasmo, alrededor de las nueve de la mañana, se instala la plenaria de la

Convención, presidida por Rosario Ibarra y el resto de los importantes. Resalta entre todos ellos un representante chontal de Tabasco, que parafraseando o quizá citando a Marcos para sancionar la lucha, los motivos de los pueblos indígenas que en último análisis son los causantes de todo este gran despertar, dice: “se comieron nuestros frutos; desgajaron nuestras ramas; talaron nuestros troncos y los quemaron, pero no pudieron arrancar nuestras raíces”.

Ante la amenaza de otra tormenta para este día, la Comisión Nacional Organizadora prefiere darle prisa a los trabajos, aunque no se logre que las participaciones sean masivas ni las discusiones concienzudas. Se leen las relatorías de las mesas de trabajo de San Cristóbal y todas, sin excepción, son aprobadas por mayoría en lo general. Se anuncia que para decidir sobre lo particular la Convención se quedará en sesión permanente, para que, como dice Monsiváis en otra crónica de la misma odisea colectiva, sean las elites, los intelectuales, las cúpulas quienes decidan por las mayorías. Lo votado, las líneas generales de acción que propuso la Convención, las conoce el lector que, seguramente, es asiduo visitante de la prensa *progre* nacional, por lo que este escriba prefiere no dilatar más su esfuerzo por terminar esta historia con un resumen de aquellas cosas; lleva ya tanto tiempo que corre el riesgo de que esta crónica no encuentre ojos interesados en recorrerla.

El regreso



Cuando ya muchos convencionistas han salido desesperados a buscar los camiones que los llevaron hasta Aguascalientes, Chiapas, y otros se afanan en hacer que sus mochilas cierren para poder partir, Marcos vuelve a aparecer, haciendo las delicias de las chicas con una divertida conferencia de prensa en la que no duda para calificar sus ojos de bonitos, para amenazar con romper la leyenda que ya todos hicimos de él quitándose el pasamontañas, para saludar al general que posiblemente nos vigila desde el avión (¿será civil? ¿será militar?) que nos observa desde los azules cielos y para reiterar, eso sí, que a partir de ese día el EZLN “no se manda solo” y que la sociedad civil ya cuenta con teatro de gran capacidad en la mera selva lacandona.

La caravana parte con su gran carga humana acomodada casi exactamente igual que como la trajo. En el ánimo de la gente se siente que ni siquiera habían terminado de asimilar la idea de aquello en lo que habían participado cuando ya estaban montados en el camino de regreso. Atrás quedaron los zapatistas con una expresión que no varió en absoluto; quedaron también algunos reporteros que cubren “la fuente”, muchos organizadores y pocos convencionistas con permiso para permanecer otro u otros días en Aguascalientes.

El camino de regreso es mucho más breve; habiendo salido de Aguascalientes a las cuatro de la tarde, el “5” habría de llegar a San Cristóbal a la una de la mañana, es decir, sólo nueve horas después. Esta vez, en el breve tiempo que están juntos, los ocupantes del “5” y los Leones de la Sierra de Xichú se la pasan cantando a voz en cuello, casi eufóricos, incluido este escriba quien, una vez disueltas sus responsabilidades como representante de camión—cabe mencionar que antes de la partida, el todavía representante pasó angustias buscando a los pasajeros para arrearlos hasta el vehículo y cerrar su lista—, no tiene ya nada de qué preocuparse.

Dos hechos sucedidos durante el regreso son destacables. El primero, que antes de dejar el camino de tierra, la caravana

sufre un corto atorón en el que los ocupantes de una Suburban, periodistas de *La Jornada*, entre ellos el mismísimo director, Carlos Payán, se deshacen en improperios hacia quienes no los dejan pasar con la historia que llevan en sus manos. La prepotencia de la prensa, que tanto miedo había generado en la Comisión Nacional Organizadora, sigue haciendo de las suyas hasta después del magno evento.

El otro es que al llegar a Las Margaritas, ya con la noche cerrada, los ocupantes del “5” son recibidos por la población con tal alegría que los Leones de la Sierra de Xichú piden a Roselio que detenga el camión para bajarse a cantarles al pueblo. Organizan la verbena popular más espontánea y sincera de que ha sido testigo la historia de nuestra Patria, con lo cual, además, se sacan la espina que les dejó el no haber cantado más que un par de canciones, antes de la conferencia de prensa de Marcos, durante toda la Convención, por culpa de las prisas y las tormentas.

Al llegar a San Cristóbal, cada quien se hace responsable de su propio destino, y las euforias, los recuerdos, las experiencias vividas, tan intensas para tan poco tiempo, se comienzan a diluir como agua de lluvia que se pierde lentamente por las coladeras. La selva, las montañas azules, el cielo profundo, la lluvia, la tierra, van quedando atrás, pero tal vez, no sin haber sembrado en los diversos que somos una semilla de unidad que llama a vivir sin resignarse.



0619

FOLIO

Convención Nacional
Democrática
Primera sesión, Agosto 1994
Aguascalientes, Chiapas



Nombre **Maza
Pesqueira Carlos**

Organización

Entidad Federativa
Distrito Federal

Número de votos **NO VOTA**

INVITADO

Firma del convencionista

Firma del responsable
de la CNO

MESA